

Golpe de Estado en Washington

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

El día en que el Congreso y el Senado estaban reunidos para ratificar la elección de Joe Biden como próximo presidente de los Estados Unidos, según el triunfo logrado en el Colegio Electoral el pasado 14 de diciembre, se produjo un suceso sorprendente: un intento de golpe de Estado por parte de partidarios de Donald Trump. Un grupo de individuos, algunos de ellos armados, asaltaron el Capitolio, sede de la soberanía popular, para subvertir el orden constitucional y tratar de impedir el acceso al poder a Biden. Y si bien estamos acostumbrados a que este tipo de actos estén apoyados por miembros del Ejército, no siempre es así, como ha sucedido en este caso. La intención de los asaltantes era evitar la confirmación de Biden por las cámaras, toda vez que el vicepresidente Mike Pence, en calidad de presidente del Senado, ya le había advertido a Trump de su intención de certificar al candidato demócrata. Algo que le había valido los reproches de su jefe. Evidentemente, Pence, de talante moderado, no estaba dispuesto a seguirle el juego, como tampoco lo estaban un buen número de congresistas y senadores republicanos. No obstante, esta sesión, que suele ser de puro trámite, se esperaba larga debido al debate planteado por algunos republicanos, pero sin mayores consecuencias para lo fundamental: la validación de Biden. La irrupción de estos radicales no hizo sino suspender la sesión y sembrar el caos en el edificio, mancillando de esta manera una de las instituciones sacrosantas de la democracia, el Parlamento.

Y aquí sólo hay un responsable de esto, Donald Trump, quien previamente había dado un mitin a sus seguidores instándoles a asistir al Capitolio a presionar. Este tipo de violaciones las hemos visto anteriormente durante este mandato que acaba, puesto que recordamos cómo elementos armados entraron en la sede del legislativo de Míchigan por oponerse al confinamiento. Incluso, luego se supo que el FBI había abortado una intentona para secuestrar y quizás asesinar a la gobernadora de ese estado. Prueba evidente del clima de enfrentamiento social que ha fomentado la Administración Trump en estos años. En efecto, se sabía que el 6 de enero podía pasar algo, ya que, con motivo de la llamada “Marcha para salvar América”, en Washington su alcaldesa había activado a la Guardia Nacional en previsión de incidentes. Aunque, claro, de ahí a una insurrección como la vivida iba un buen trecho. No obstante, que el ambiente estaba muy enrarecido lo prueba rotundamente la carta suscrita por diez ex secretarios de Defensa (entre ellos, los halcones republicanos Dick Cheney o Donald Rumsfeld) advirtiendo de que Trump podría provocar una crisis con el fin de desencadenar una acción militar para mantenerse en el Despacho Oval.

El asalto coincide con lo acontecido en Georgia. Por un lado, con esa indecente conversación del presidente con el secretario de Estado de Georgia en la que le instaba a encontrar votos suficientes para revertir su derrota en ese territorio. Y, por otro, cuando se daba prácticamente por conseguido el triunfo de los dos senadores demócratas frente a los del Partido Republicano. Esta victoria para los demócratas es fundamental, pues, de esta forma, logran hacerse con el control del Senado, lo cual va a permitir a Biden sacar adelante su programa de gobierno, al tener asimismo mayoría en la Cámara de Representantes. Era la penúltima bala en la recámara de Trump para seguir bloqueando al ejecutivo de Biden y nuevamente la jugada le ha salido mal. Lo mismo que la invasión del Capitolio, que quedará como un borrón en la historia de los Estados Unidos y como una mancha indeleble en el expediente de un mandatario que, lejos de amar a su

país, lo único que ha hecho es aprovecharse de él en su propio interés y en el de su familia. Para algunos este “punch” es su legado.

Afortunadamente, sólo ha sido un amago y se ha quedado en un susto y en una triste imagen ante el mundo, pues las cámaras han corroborado a Biden como nuevo presidente. Mas la pregunta sigue ahí: ¿y ahora qué? Algunas demócratas, en los momentos críticos, hablaban de un impeachment, pero no hay tiempo suficiente. El juicio de destitución de un presidente es largo y, por consiguiente, es imposible. La vigesimoquinta enmienda de la Constitución (sección cuarta) permite al vicepresidente, si cuenta con la mayoría del gabinete, asumir el poder declarando la inhabilitación del presidente. Parece improbable, aunque factible si se actúa con rapidez. Tal vez la mejor solución sea neutralizar a Trump y que Pence lleve a cabo la transición. De hecho, él ordenó la gran movilización de la Guardia Nacional para defender el Capitolio, no Trump. A quien esta asonada no le puede salir gratis, en especial, porque hay cuatro muertos. Cuando se vaya, no sólo debería comparecer ante la justicia por sus delitos fiscales, sino también por esta tentativa de golpe de Estado. Mientras tanto, esperemos que Joe Biden pueda jurar su cargo el 20 sin sobresaltos, si bien yo no descartaría otro numerito de los seguidores de Trump para ese día.

7 de enero de 2021

Publicado en *El Diario Vasco*, 8 de enero de 2021, p. 23